

Arte y trabajo: una relación de identidad en Marx

Deledda Cros

Marx nunca escribió un tratado de estética, ni se ocupó de los problemas estéticos en trabajos especiales. Sin embargo, en sus escritos dedicados al análisis económico de la sociedad capitalista, demostró gran interés por las cuestiones estéticas en general y por el fenómeno artístico en particular.

Encontramos en *Los Manuscritos Económico-Filosóficos* de 1844, en sus *Estudios para una Crítica de la Teoría de la Economía Política*, en la *Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía* y en su aportación más importante para la comprensión de los fenómenos económicos dentro del mundo capitalista, *El Capital*, numerosas ideas directamente relacionadas con problemas estéticos y artísticos fundamentales.

Partiendo de todas estas referencias, me interesa establecer aquí la relación existente entre **arte** y **trabajo**. Para poder llegar a vincular estas dos formas de expresión humana, tenemos necesariamente que comenzar por señalar algunos aspectos del comportamiento humano que, a diferencia del comportamiento animal, establece una relación múltiple con el mundo, sin que su conducta esté condicionada únicamente por la urgencia de satisfacer sus necesidades materiales.

El comportamiento animal, en cambio, se caracteriza por la forma inmediata y restringida que tiene de apropiarse de los objetos de la naturaleza, que en un momento determinado pueden llegar a satisfacer sus necesidades materiales.

El hombre, a pesar de tener una serie de necesidades básicas parecidas a las de los animales (como son la comida, el techo, el sexo, etc.) no se circunscribe a la mera satisfacción de las mismas, sino que, en la medida en que estos requerimientos esenciales se encuentran resueltos, se preocupa por ampliar el campo de sus relaciones en el mundo natural más allá de la satisfacción de sus necesidades básicas.

La variedad de relaciones que el hombre puede establecer con los objetos de la naturaleza, implica la transformación de estos objetos a través de la propia acción del hombre, es decir: del trabajo humano.

Mediante el trabajo, el hombre deja de ser un consumidor pasivo de los objetos naturales; se convierte en productor de nuevos objetos derivados de la naturaleza y se aleja, por medio de esta actividad creadora, de la condición animal. Se convierte en un elemento transformador de su medio, afirmándose así como ser humano diferente al animal que es, fundamentalmente, un elemento pasivo y conservador del medio natural.

La actividad específica del hombre es, por tanto, creación o producción de objetos humanos o humanizados mediante el trabajo.

La gran aportación de Marx a la Estética consiste en haber señalado que **lo estético, como relación particular entre el hombre y su realidad, se ha ido formando histórica y socialmente en el proceso de transformación de la naturaleza y de creación de un mundo de objetos humanos.**

Marx define en *El Capital* el trabajo como actividad práctica del hombre encaminada a un fin:

“Al final del proceso de trabajo, brota un resultado que antes de comenzar el proceso existía ya en la mente del obrero, es decir, un resultado que tenía ya una existencia ideal. El obrero no se limita a hacer cambiar de forma la materia que le brinda la naturaleza, sino que al mismo tiempo, realiza en ella su fin, fin que él sabe que rige como una ley las modalidades de su actuación y al que tiene necesariamente que supeditar su voluntad” (1)

Adolfo Sánchez Vázquez, en su libro *Las Ideas Estéticas de Marx*, nos ofrece otra definición del trabajo que nos ayuda a comprender la definición planteada por Marx.

“El trabajo, por tanto, no es sólo creación de objetos útiles que satisfacen determinada necesidad humana, sino también el acto de objetivación o plasmación de fines, ideas o sentimientos humanos en un objeto material, concreto – sensible.” (2)

1) C. Marx, **El Capital**, trad. de W. Roces, 2ª. ed. esp. Fondo de Cultura Económica, México, 1959, t.1, Vo. 1, p. 131.

2) Adolfo Sánchez Vázquez, **Las Ideas Estéticas de Marx** 2ª. ed. 1965, Ediciones ERA, S. A., p. 64.

En otras palabras, el trabajo es el medio que posee el hombre para afirmarse en los objetos que produce. Estos objetos vienen a ser el reflejo de su propia humanidad; a través de éstos se reconoce y por ellos puede ubicarse en el medio social.

Partiendo de estas dos definiciones, tenemos que afirmar que el arte y el trabajo proceden de un mismo tronco común, ya que en ambos casos el hombre produce objetos que lo expresan, que hablan de él y por él.

Entre el *arte* y el *trabajo* no existe, por tanto, la oposición radical que veía la estética idealista alemana, para la cual el trabajo se halla sujeto a la más rigurosa necesidad vital, mientras que el arte es la expresión de las fuerzas libres y creadoras del hombre.

Marx señaló que esta oposición es válida cuando el trabajo adopta la forma de *trabajo enajenado*, pero no cuando tiene un carácter creador, o sea, cuando elabora objetos en los que el ser humano se objetiva y expresa. Por otra parte, el hombre sólo puede sentir placer en la creación artística a través del trabajo; por eso es que, en *El Capital*, Marx habla del disfrute del trabajo por parte del obrero “*como de un juego de sus fuerzas físicas y espirituales.*”⁽³⁾

Sin embargo, esta unidad de fines y de motivos, entre el trabajo creador y el arte, se rompe cuando el trabajo creador se convierte en trabajo enajenado. O sea, cuando el hombre se encuentra imposibilitado de reconocerse a sí mismo en los objetos que produce.

Al obrero, el trabajo se le impone como algo exterior que no puede rehuir, puesto que es su único medio de subsistencia física. Es un trabajo impuesto, forzoso, exterior a sí mismo, que no satisface una necesidad interior, específicamente humana, de afirmarse en el mundo objetivo.

Esta deformación de la relación hombre-trabajo-objeto creado trae como consecuencia la desvaloración del hombre y la pérdida de su esencia humana al no poder reconocerse en los objetos que hace.

Dice Marx en sus Manuscritos: “*A medida que se valoriza el mundo de las cosas, se desvaloriza, en razón directa, el mundo de los hombres.*”⁽⁴⁾

3) C. Marx, *El Capital*, ed. Cit., 1, p. 131.

4) C. Marx, **Manuscritos...**, p. 63, Traducción de W. Roces, recogida en el volumen publicado con el título de *Escritos Económicos Varios*, Ed. Grijalbo, México, D. F. 1962.

A partir de esta condición de trabajo enajenado es que se puede establecer una distinción específica del arte como una actividad distinta y en oposición del trabajo.

En el mundo capitalista, la única opción posible que combate la enajenación que se da en el proceso productivo, y que al mismo tiempo reivindica la idea originaria del trabajo como trabajo creador, es la actividad artística. Es decir, el arte como el proceso de elaboración libre de objetos estéticamente valiosos donde puede objetivarse la subjetividad del ser humano.

Sin embargo, aun la actividad artística no está exenta de peligros, ya que el artista puede convertir su obra de arte en mercancía, al pasar a ser un trabajador asalariado y dejar de crear libremente, perdiendo así la oportunidad de expresar su esencia humana.

Esta posibilidad de enajenación de la obra de arte se da cuando el objeto artístico se encuentra sometido a las leyes del mercado que rigen la oferta y la demanda. Es decir, cuando la obra de arte tiene que subordinar su valor de contemplación a valor de uso, entendiéndose por esto su capacidad para satisfacer necesidades humanas a un valor de cambio, o sea, al reducir la obra de arte a una unidad con el fin de ser equiparada con otra.

Esta transformación implica el considerar una obra de arte como equiparable a otra, sin llegar a establecer la diferencia específica que caracteriza a cada una de ellas. Esto implica, además, un proceso de reducción de las cualidades concretas del objeto al convertirlo en una noción abstracta, al ocultar sus cualidades particulares y enfatizar su carácter cuantitativo.

Bajo el capitalismo, se tiende a que la producción artística sea también producción para el cambio y, por lo tanto, a que las obras de arte se reduzcan a trabajo general abstracto, que la sustancia sea su valor de cambio, su productividad.

El mercado establece un nivel de igualdad entre los objetos artísticos y los despoja de sus valores particulares, unificándolos a nivel de mercancía, de objetos intercambiables.

A partir de este momento la obra de arte deja de ser la expresión libre de la esencia humana y se convierte en la negación de sí misma, equiparándose con el trabajo enajenado.

“Así se explica uno, que la producción capitalista sea hostil a ciertas producciones de tipo artístico, tales como el arte y la poesía.”⁽⁵⁾

Esta contradicción, entre el arte y el mundo capitalista, pone de manifiesto a su vez otra contradicción mucho más profunda: la que se establece entre producción mercantil y la libertad de creación.

La única forma que tiene el arte para mantener su relativa autonomía en el mundo capitalista es, por una parte, la de evitar entrar dentro de las relaciones de mercado que rigen para el resto de los objetos producidos por el hombre, y por otra, la de asumir contenidos críticos que pongan en evidencia las relaciones de producción que mantienen el estado de enajenación en la sociedad capitalista contemporánea.

Sin embargo, esta autonomía siempre será precaria a menos que se logre una alteración fundamental en el orden de las estructuras económico-políticas que hasta el momento rigen los medios de producción y con esto se logre recobrar el verdadero sentido del trabajo (como trabajo creador no alienado) y finalmente, se llegue a vincular esta concepción del trabajo con la expresión artística que viene a ser la forma más completa que hasta ahora posee el hombre para objetivar su propia subjetividad.

Esta conclusión se encuentra reiterada por Marx a lo largo de toda su obra y se podrá finalmente establecer a nivel de hecho cuando surja una alteración fundamental en el sistema de producción capitalista, desapareciendo así la noción de mercancía y el tipo de relación enajenante que este concepto impone.

5) C. Marx, **Manuscritos** ..., p. 63, Traducción de W. Roces, recogida en el volumen publicado con el Título de *Escritos Económicos Varios*, Ed. Grijalbo, México, D. F. 1962.

